

Homilía de Quinto Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“ Y yo dije: Heme aquí, Señor,
envíame.”

Introducción

Las lecturas de este V Domingo del tiempo ordinario nos ponen en la pista de unos conceptos teológicos, que hoy en día se están recuperando: la Palabra de Dios. El Sínodo de los Obispos sobre la “Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia” nos recuerda que una vez más, que la Palabra de Dios es el acontecimiento fundante de nuestra experiencia de fe y de Dios. Nuestra vida vivida, leída y vista desde la óptica de la Palabra de Dios es desde donde brota la experiencia de Dios.

También en este Domingo, nos encontramos con varias pautas homiléticas para predicar según nuestro contexto: quizás sobre una de ellas o quizás sobre todas en su conjunto... todo depende de la comunidad a la que tengamos que dirigirle la Palabra.

¡Otro Domingo más donde la Palabra de Dios nos pone en actitud de escudriñarla para darla!



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Isaías 6, 1-2a. 3-8

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Junto a él estaban los serafines, y se gritaban uno a otro diciendo: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!». Temblaban las jambas y los umbrales al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Yo dije: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo». Uno de los seres de fuego voló hacia mí con un ascua en la mano, que había tomado del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: «Al tocar esto tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado». Entonces escuché la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?». Contesté: «Aquí estoy, mándame».

Salmo

Sal 137, 1-2a, 2bc-3. 4-5 7c-8 R. Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca; delante de los ángeles tañeré para ti; me postraré hacia tu santuario. R/. Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera tu fama. Cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. R/. Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra, al escuchar el oráculo de tu boca; canten los caminos del Señor, porque la gloria del Señor es grande. R/. Tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo. Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 15, 1-11

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano. Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto yo como ellos predicamos así, y así lo creísteis vosotros.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 5, 1-11

En aquel tiempo, la gente se agolpaba en torno a Jesús para oír la palabra de Dios. Estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Comentario bíblico

Todos somos llamados a ser profetas y pescadores de hombres

En el centro de las lecturas de este domingo aparece como mensaje fundamental la fuerza de la Palabra de Dios para cambiar la vida de aquellos que la escuchan, la acogen y la siguen. Esto es bien manifiesto en el evangelio y en la primera lectura profética; pero no lo es menos en el “credo” que Pablo propone a la comunidad de Corinto, recordándoles

que si ellos son una comunidad de creyentes, se debe a que han acogido el mensaje, que él, a su vez, había recibido de los testigos de Jesús: que Cristo murió por nosotros y ha resucitado para darnos a todos la vida.

Iª Lectura: Isaías (6,1-2ª.3-8): La palabra de Dios que transforma

I.1. En la lectura profética se nos describe la experiencia de Isaías en el templo de Jerusalén cuando es llamado para ser enviado y hablar al pueblo en nombre de Dios. El profeta se siente indigno, porque ha tenido una experiencia tan intensa de lo que es Dios, de lo que es su Palabra, que no se atreve a hablar a un pueblo infiel, ya que él mismo se considera parte de ese mismo pueblo. Pero con un simbolismo de purificación de uno de los serafines (serafín tiene una raíz hebrea que significa "arder"), en definitiva de la acción curativa y purificadora de la Palabra de Dios, se siente impulsado a hablar a los hombres de Dios. La Biblia sabe muy bien expresar la transformación de la situación de pecado del hombre por medio de la intervención salvífica de Dios.

I.2. Lo que se quiere poner de manifiesto en esta experiencia del propio profeta, no es algo que solo vivirá él, sino todo el pueblo a causa de su palabra profética, que es Palabra de Dios. Quien es llamado a ser profeta siente que le arde el alma y el corazón. ¡Da miedo, claro! Pero la misma Palabra transforma el miedo en valentía y audacia. Cuando ruge el león (como dice Amós 3,8 "Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor Yahvé, ¿quién no profetizará?"). Dios tiene esas intervenciones extraordinarias, a base de experiencia personales, que arranca de la indolencia y la trivialidad. El profeta que tiene la "suerte" no dormirá tranquilo. Ya verá la vida y la religión de otra manera. A cada uno le ocurre en su "status". Es probable que Isaías fuera de familia distinguida, quizás sacerdotal. Ahí llega también la palabra de Dios para purificar y transformar.

IIª Lectura: Iª Corintios (15,1-11): El credo fundamental del cristianismo primitivo

II.1. En el contexto de 1Cor 15, estos versos iniciales marcan una pauta determinante porque están contruidos en torno a la fe primitiva de los cristianos que se resumen, con solemnidad, anunciando la muerte y resurrección de Jesús. ¿En que se apoyan? En la experiencia que tienen de Él después de su muerte. La muerte no ha sido para Él una derrota; no es necesaria, ni lo será para nadie una segunda muerte. No sería justo ni para Dios, ni para ningún hombre. Por tanto, tampoco para Jesús. La resurrección se impone en sus vidas como una experiencia de vida. Esto es una revelación de Dios, que tienen que aceptar por la fe. Así fue y así lo recibió Pablo, y de la misma manera se lo transmitió a su querida comunidad de Corinto en el mismo momento de la fundación. A eso le llama Pablo, concretamente, el Evangelio.

II.2. Como ya hemos dicho es un "credo", una confesión de fe transmitida por Pablo. Es verdad que Pablo pretende legitimar su papel de Apóstol para combatir a algunos que niegan la necesidad de la resurrección, y por lo mismo, el hecho fundamental de que Jesucristo hubiera resucitado de entre los muertos. Él, Pablo, se considera como un apóstol abortivo (significa que la experiencia del Señor resucitado para él es como un nacimiento imprevisto, inesperado, casi imposible, ya que él estaba bien convencido de su judaísmo y del valor de la ley, e incluso había perseguido a la comunidad que confesaba a Jesús resucitado), no lo merecía. Pero ahí está dando a conocer en el mundo entero la gran noticia de la resurrección de Jesús y de todos los hombres.

II.3. Pablo les recuerda esto, porque está poniendo unas premisas indiscutibles, ya que intenta responder a una noticia que le ha llegado: que algunos no ven necesario hablar de la resurrección con lo que esto significa desde la mentalidad antropológica de un judío, pero en confrontación con la mentalidad griega. Si comienza así, con esa solemnidad, es porque este "Evangelio" es el principio y la base de toda su argumentación posterior. Debemos reconocer que esta es una de las piezas maestras de los textos de Pablo. Si no se acepta que Cristo ha sido resucitado por Dios, el cristianismo que ellos han aceptado, el evangelio, no tiene sentido. Si Cristo no vive con una vida nueva entonces... el cristianismo no tiene nada que ofrecer a los hombres. ¡Pero no! Cristo ha resucitado... y él mismo ha tenido experiencia de ello, de la misma manera que los otros apóstoles la tuvieron antes que él.

Evangelio: Lucas (5,1-11): La palabra de Dios que cambia la vida de los hombres

III.1. El evangelio nos relata la vocación de Pedro en un pasaje propio de Lucas, distinto de la vocación de los primeros discípulos narrada por Mc 1,16-20; está más próximo de Jn 21,1-11 sobre el momento de las experiencias que tuvieron los apóstoles después de la resurrección de Jesús. Los inconvenientes que Pedro pone a salir a pescar con Jesús y echar

las redes en el agua tienen cierto parecido con la objeción de Isaías para desempeñar la misión de profeta. Han estado toda la noche y no han encontrado nada; ahora, casi de día, es más difícil aún, los peces no acuden. Pero en este caso van con Jesús, con el Señor que trae la Palabra viva de Dios. Es eso lo que les hará dejarlo todo para seguirle; dejarán incluso la pesca milagrosa que han recogido para emprender una misión nueva, para pescar a los hombres en el mar de la vida y anunciarles la salvación de Dios.

III.2. Ciertos detalles del texto son dignos de mención: Jesús está en el lago, y la muchedumbre acude para escuchar la “palabra de Dios” (logos tou theou, que es una expresión que es frecuente en la obra de Lucas: 8,11.21; 11,28, Hch 4,31; 6,2.7; 8,14; 11,1; 13,5.7.44.46; 16,32; 17,13; 18,11). Pero esa palabra de Dios, se va a convertir en una fuerza transformadora que haga que Simón y los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, tengan que dejar de ser pescadores, que estaban asociados (koinoi) en el lago, para seguir a Jesús como “pescadores de hombres”. Lo extraordinario de la pesca también tiene su significado, especialmente porque no era la hora de pescar, por la noche, sino a la luz del día. La orden de Jesús, su palabra, hace posible lo que no es normal. Así sucede, pues, con el evangelio que transforma el miedo en alegría. Pedro se confiesa pecador, indigno, como los profetas. Pero eso no importa... lo importante es seguir a Jesús.

III.3. Por lo mismo, en todas las lecturas, vemos cómo se impone la Palabra de Dios, Dios mismo, Jesucristo resucitado, en la vida de todos aquellos que deben colaborar en el proyecto salvífico sobre este mundo y transforma la existencia de cada uno. La Palabra de Dios tiene una eficacia que motiva la respuesta de Isaías, de Pedro y los apóstoles y de Pablo. No eran santos, sino pecadores y alejados de la “santidad divina”. La Palabra, Jesucristo, su evangelio, se impone en nuestra vida, pero no nos agrede: nos interpela, nos envuelve misteriosamente, nos renueva, cambia los horizontes de nuestra existencia y nos lleva a colaborar en la misión profética del evangelio, que es la misión fundamental de la Iglesia en el mundo. Si al principio dan un poco de miedo las respuestas, estas se hacen radicales, porque no es necesario ser santo o perfecto para colaborar con Dios. Hace falta prestarle nuestra voz, nuestro trabajo y todo será distinto. Se nos propone una vida nueva, en perspectiva de futuro, sin cálculos...y todo cambiará, como cambiaron Isaías y como cambiaron Pedro y Pablo. No somos santos, no somos perfectos ¿cómo podremos? Cuando aprendemos a fiarnos de Jesús y de su evangelio; cuando queremos salir de nuestros límites, la Palabra de Dios es más eficaz que nuestras propias razones para no echar las redes en el agua, en la vida, en la familia, entre los amigos, en el trabajo... y seremos profetas, y seremos pescadores.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

En todo proceso humano y religioso siempre la iniciativa es de Dios, ya que, nos habla con su Palabra: Jesucristo. Nosotros tenemos dos opciones, escuchar lo que nos dice la Palabra de Dios o no escucharla; oírla, simplemente. Si la escuchamos y nos aventuramos a confiar en ella, a pesar de nuestras resistencias, se produce en nosotros una transformación. Y esta transformación, que siempre está llena de Felicidad, nos lleva a comunicar esa experiencia que hemos tenido, a predicar, a compartir la Felicidad que tenemos a los otros.

Este proceso, lo encontramos como constante en la 1ª lectura y en el Evangelio. En la carta a los cristianos de la ciudad de Corinto, Pablo nos habla no tanto del proceso, de la forma, sino del contenido de esa forma, de esa Palabra de Dios: Jesucristo.

Veámoslo:

La Palabra de Dios

La Palabra de Dios es la Palabra con mayor munición de Felicidad jamás dicha. Es, además, una palabra peculiar, singular. ¿Por qué? Porque es una palabra humana escrita con trazo divino. Dios dice, habla, pronuncia una palabra, palabra que es divina y que nosotros no comprendemos. A día de hoy, no hay una gramática ni un diccionario que sea español-lenguaje divino, lenguaje divino-español. Ahora bien, Dios si conoce el lenguaje humano y, por ello, es Él el que se adapta a nosotros pronunciando una palabra que nosotros entendamos. Esta gramática o diccionario que Dios escribe es la gramática del Amor. Y está la conoce cualquier hombre de cualquier cultura. Porque la munición con la que está cargada esta Palabra, la violencia del Amor, es la Felicidad.

Hacernos conscientes de que la iniciativa es de Dios.

De todo lo dicho anteriormente, nos podemos dar cuenta que es Dios quien tiene que acercarse primero para que podamos entenderlo. Si Dios no pronuncia una palabra en lenguaje humano es imposible que lo podamos entender, porque su lenguaje es totalmente distinto a nosotros. Pero nos podemos preguntar: ¿y que necesidad tiene Dios de comunicarse con nosotros? La necesidad que tiene Dios es de comunicarse con el ser humano porque es su hechura, porque salió de sus manos, salió de su seno, porque somos sus hijos. Y al igual que una madre que pelea por sus hijos hasta el final para que sean felices, Dios pelea hasta el final por nosotros pertrechado con su Palabra, Jesucristo, que es una Palabra de Amor (como toda palabra de una madre que es siempre una palabra de amor), porque su única necesidad es la Felicidad de sus hijos.

Pero que necesita de nuestra colaboración: Escucha.

Ahora bien, Dios no violenta, no amenaza, siempre anda con libertad. Por eso, Dios requiere de nuestra colaboración para que podamos ser felices. Si nosotros no queremos ser felices, Dios no puede hacer nada.

Y es justo aquí, cuando no queremos escuchar, donde el lenguaje de Dios y el lenguaje humano se diferencian totalmente. Y esta diferencia consiste en que Dios quiere la Felicidad de sus hijos, pero sus hijos tienen otros intereses (dinero, poder...). No tenemos los mismos intereses, caminamos por sendas distintas, hablamos lenguajes distintos. Por eso, si queremos que nuestra vida desborde felicidad, hemos de escuchar qué y quién es la Felicidad.

Por eso, la escucha de la Palabra de Dios se convierte en el paso previo, en la antesala de una “comilona con los amigos” que siempre está llena de alegría, felicidad, vida, gozo...

Provocando una transformación

Y cuando escuchamos la Palabra de Dios, vemos a lo lejos nuestra Felicidad, la Vida que nos espera, si decidimos, al fin, ponernos a caminar hacia ella, si decidimos optar por el camino de la Vida y no de la muerte...

La decisión, de optar por lo que hemos palpado al escuchar la Palabra de Dios, no depende de Dios, depende de cada uno de nosotros. Somos nosotros los que con nuestra libertad decidimos cada día en cada decisión, relación, trabajo... dejarnos llevar por nosotros mismos, por nuestros intereses (camino de la muerte) o por optar por la Vida, por la Felicidad, el camino de Dios, como el profeta en la 1ª lectura o Pedro en el evangelio. Al final son ellos los que deciden; podría Pedro, perfectamente, no haber echado las redes a la mar como su experiencia de la noche le decía; pero al final, confió y echó las redes y la pesca fue abundante, la felicidad fue abundante.

Más aún. Si optamos por la Vida, en cada paso al frente que damos por este camino, vamos degustando poco a poco la Felicidad, nos vamos haciendo más conscientes de los felices que somos. Esto es una transformación; o lo que en lenguaje bíblico se llama conversión. Pero personalmente, me gusta más el término transformación porque implica la dinámica de Dios, que es procesual, lenta, paso a paso, y no violenta, brusca, arrebatándonos de golpe nuestra identidad. Las conversiones son transformaciones.

Que nos lleva a predicar lo que hemos vivido.

La consecuencia lógica... todos la hemos experimentado alguna vez. Cuando somos felices lo queremos compartir. La felicidad interior siempre busca recursos para salir hacia el exterior. Es como el agua subterránea; siempre busca cauces, manantiales por los que salir al exterior. Y cuando salimos hacia el exterior, es decir, cuando comunicamos, cuando hacemos partícipes a los otros de la felicidad que somos, los otros perciben a lo lejos, de forma diferida, una Luz: la luz de Dios, la Palabra de Dios. Es como si nuestra vida hablará de Dios, es como si nos convirtiéramos en palabra de Dios.

En definitiva, nuestra predicación, nuestra vida, es palabra de Dios.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Evangelio para niños

V Domingo del tiempo ordinario - 7 de Febrero de 2010



Pesca milagrosa

Lucas 5, 1-11

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret; y vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: -Rema mar adentro y echad las redes para pescar. Simón contestó: -Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes. Y puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: -Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: -No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Explicación

Jesús nos pide que pase lo que pase no nos rindamos aunque, a veces, no den resultado nuestros esfuerzos a la primera. Hay que ser constantes y confiados. Si le escuchamos y aprendemos de él, seguro que nuestra vida dará buenos frutos. Todo lo que realicemos debemos hacerlo con una confianza muy grande en su Palabra.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

5º domingo ordinario-C (Lc 5,1-11)

Lucas: Jesús estaba a orillas del lago de Genesaret, en el momento en que unos pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Niño1: ¡Vamos, Jesús nos va a hablar!

Niño2: ¡Yo también voy con vosotros!

Lucas: Dice Simón a Jesús:

Simón: Maestro, te van a aplastar. ¿Por qué no te subes a una barca?

Lucas: Subió, pues, Jesús a la barca de Simón y mandó a éste que le apartara un poco de la orilla. Desde la barca enseñaba a la gente.

Jesús: El Padre del cielo os quiere mucho y os necesita para anunciar la Buena Noticia.

Lucas: Cuando Jesús hubo terminado, le dijo a Simón:

Jesús: Rema mar adentro y echa las redes para pescar.

Simón: Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada. Pero si tú lo dices, echaré las redes.

Lucas: Y puestos a la obra, cogieron tal cantidad de peces que se reventaba la red. Y Simón no salía de su asombro. ¡Qué susto! Parecía un milagro.

Simón: ¡Eh, vosotros, Santiago, Juan, Andrés,... Venid y echadnos una mano!. ¡Traed los aparejos con la barca, que se nos rompe la red!

Lucas: Se acercaron y llenaron las dos barcas. Tantos peces había, que las dos barcas casi se hundían por el peso. Al ver esto, Simón se arrodilló delante de Jesús, diciendo:

Simón: ¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!

Lucas: Y es que el asombro se había apoderado de él y de todos los que estaban con él, al ver la red llena de peces que habían cogido.

Jesús: No os asombréis, ni tengáis miedo: desde ahora seréis pescadores de hombres.

Lucas: Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández